

## Viaje a la memoria

### Los estratos

JUAN CÁRDENAS

Periférica, Cáceres, 2013, 202 págs.

LOS ESTRATOS (Periférica, España, 2013), de Juan Sebastián Cárdenas (Popayán, 1978), es una novela que llegó al país en el silencio presumible de las obras que apenas esperan su público, máxime si es en Colombia, donde todo lo que sea leer literatura es más lento, más escaso y más condicionado. Aunque *Arcadia* hizo una breve nota del libro en diciembre del año de su publicación, tal vez porque la directora de la revista de aquel momento había tenido que ver con el autor en España, cuando lo empleó como traductor para una editorial en ese país, y por lo tanto sabía de quién se trataba.

De buenas él. Y luego le ha sonado la flauta, porque, en adelante, la novela y su autor han sido objeto de varios reportajes, entrevistas y reseñas en medios de comunicación que casi nunca se arriesgan con autores que no hayan ganado algo importante o que no hayan sido “vistos” por los gurús de la crítica.

Juan Sebastián Cárdenas es autor, también, de un casi desconocido libro de cuentos: *Carreras delictivas* (Editorial Universidad de Antioquia, 2006) y de otra casi desconocida pero elogiada novela: *Zumbido* (451 Editores, España, 2010). Desconocidos entre nosotros, claro, si tomamos en cuenta la ignorancia sobre datos “de otros municipios”. También es autor de excelentes ensayos literarios en prestigiosas revistas de aquí y de allá y traductor, entre otras, de la editorial que hizo su libro, Periferia. Traductor de Faulkner, de Mailer, de Wolfe, de Machado de Asís, de Hawthorne. Es decir, el autor es un literato todo el tiempo, un lector de tiempo completo, como debe ser.

*Los estratos* es una historia narrada por un hombre de unos treinta años (nada en la historia tiene nombre propio: ni las personas, ni los sitios, ni la ciudad, ni el puerto) que, súbitamente, emprende la búsqueda de sus orígenes, o de sus recuerdos, o de sus primeras y definitivas atmósferas. Pero no en sus padres, por ejemplo, como se podría pensar, o en la escuela, o en el barrio

donde creció, o en sus familiares más próximos, sino en su nana, quien lo acompañó en su niñez y lo guio por calles, lugares y personas que se quedaron en sus recuerdos a manera de olores determinados, palabras, colores, sabores, acentos, rostros y gestos.

Temprano en el relato, el narrador dice algo que más adelante se torna relevante:

A medida que echo las volutas al aire muerto de la pieza, con la mirada perdida en el trozo de cielo que alcanzo a atisbar desde aquí abajo, vuelvo a tener el regusto impreciso de aquel recuerdo infantil: una bahía sucia, un puerto. Y esta vez, con cierta desilusión, me doy cuenta de que la urgencia por recordar me lleva a añadir detalles inventados. Un pelícano que se zambulle. La estela de espuma que por unos instantes agrupa los detritos. Una ceiba donde descasan las garzas blancas [pág. 17].

El protagonista emprende una especie de periplo hacia abajo, marcha en picada a un infierno que, a la vez, es su cielo. Vive todo con la plena conciencia de que sus asuntos se van derruyendo: su matrimonio, la empresa que heredó de su padre, un amor que encuentra en ambientes sórdidos y se desenvuelve en idénticos escenarios, la ambigua relación que sostiene con la actual amiga y antigua psiquiatra (venida a artista de chatarras) que lo atendiera y lo acompañara en sus tiempos de reclusión en un sanatorio mental, el ambiente gris de la “unidad residencial” en la que vive.

Lo obsesiona el deseo de recuperar a su nana, de volver por los pasos de la persona que lo acompañó en su infancia y que, de alguna manera, le enseñó la vida; o, por lo menos, lo más cercano a la vida; volver, lejos de su insulsa existencia al lado de unos padres al parecer inexistentes, de un círculo laboral (a juzgar por la descripción que hace de sus socios en la empresa) estúpido, de una vida de pareja sin encanto y bajo sospecha (al final el protagonista dirá que su mujer, de quien se ha separado, vivió enamorada de un muerto al que nunca pudo olvidar), de un desencanto de casi todo.

El relato transcurre en la descripción de los movimientos del protagonista por varias de las fases de su vida,

algunas al parecer intrascendentes. La acción casi siempre está dada por la narración misma, en la que el autor demuestra una solvencia sin grandes saltos, sin el afán de una explícita poética. Y la descripción, lenta y próxima, reemplaza con creces los nombres de lugares y gentes. Grandes tramos de monólogo interior con sus propias lucubraciones y anécdotas, intercalado con diálogos indirectos, van conformando un ambiente narrativo de privacidad e intimidad. Acorde, sin duda, con el objetivo último de la novela: develar el sentimiento de soledad y búsqueda parsimoniosa de su protagonista. Ese que podría llamarse viaje hacia la memoria.

En esta novela el autor, me parece, se juega una arriesgada carta que bien podría hacerle perder el juego. En un comienzo, y hasta bien avanzado el relato, no se ve claramente dónde está el meollo del asunto, para dónde va la historia, si hay acaso alguna trama escondida que el lector espera se vaya desvelando. No es que piense que en una novela se debe saber desde las primeras de cambio de qué se trata el asunto, faltaba más. Lo que ocurre es que aquí en casi todo lo que pasa, no pasa nada; excepto, la anodina vida de alguien que el lector no termina de adivinar. Eso es un mérito, sin duda, cuando el autor no permite que se escape el interés del lector. Pero el interés del lector puede tener un límite y ese límite puede llegar antes (mucho antes, incluso) del final del libro.

El libro se divide en tres capítulos: “Falla”, “Sedimento” y “Temblor”. (Extrañamente, el libro carece de un índice donde se presenten dichos capítulos). Sin duda el autor ha querido recurrir aquí a una metáfora geológica, pues el diccionario de la RAE nos dice en la sexta acepción de *estrato*, que es “cada una de las capas superpuestas en yacimientos de fósiles, restos arqueológicos, etc.”. Y son aquellos nombres, las fases que preceden al terremoto.

La metáfora geológica encaja, pues, en el desarrollo y final de la novela. Pero también funciona el significado más simple que conocemos de aquella palabra: “Capa o nivel de una sociedad” (RAE), dadas las fases por las que atraviesa el narrador, que es el mismo protagonista; ambientes que alternan de los decididamente acom-

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>dados, a otros digamos artísticos (de los que hace una especie de caricatura, sin duda para dar pábulo a una crítica más o menos despiadada) y va al aire enrarecido y empobrecido de un puerto (en Colombia los puertos son así, sin excepción).</p> <p>No hay pistas en la novela, distintas al relato mismo, que den pie a una u otra aseveración. Por lo tanto, lo dicho antes, queda como una especulación del reseñista, lo cual, probablemente, no choque con el temperamento del protagonista de la historia. Todo en ella sucede con lentitud y sin acciones distintas a los pequeños (aunque definitivos) movimientos, como en sordina, de sus personajes, y a la gestualidad y las permanentes reflexiones del protagonista, que ve pasar la vida, el derrumbe de su mundo. Todo lo afecta, sin embargo, de una manera extraña, si se quiere, en una interioridad sin casi sobresaltos.</p> <p>En “Temblor”, el último capítulo, se desencadenan los hechos, como en efecto ocurre en los terremotos. El personaje va al puerto con la firme intención de quedarse allí hasta averiguar el paradero de su nana. Su amiga ex psiquiatra lo ayuda con una amiga suya, una fiscal que a su vez le facilita un detective, un indio yerbatero, extraña mezcla de hombre educado (o por lo menos graduado), médico popular de yerbajos y esoterismos, lector “culto” (en el último viaje que el protagonista hace por el río en una chalupa en compañía del indio, este va leyendo una antología bilingüe de poesía satírica romana) y simpático patán. Es él quien lleva al narrador y protagonista hasta el sitio donde, correspondiendo con las descripciones del interesado, encuentran al hijo de su nana, el muchacho que había aparecido en la narración en una suerte de parque o circo representando el extraño papel de una mujer que se transformaba en simio. Se ha convertido en un hombre con familia, y allí, en su casa pobre conserva los restos del objetivo que el protagonista fue a buscar.</p> <p>El final de la novela: un poco más de narración entrecortada, un episodio de “cura” colectiva por parte del detective yerbatero y un momento de conversación entre el protagonista y uno de los desnutridos y enfermos</p>	<p>niños. El niño le pregunta (dramáticamente) si se va a morir y el protagonista dice para sí:</p> <p>Y yo pienso rabioso, casi mascullo que no nos mata nadie, no nos pueden matar, no pueden, por mucho que intenten acabar con nosotros. A nosotros nos protege el diablo. A nosotros no nos mata ni el putas [pág. 200].</p> <p>Y el lector debe entender que ese “nosotros” no es un pronombre figurado, una metáfora; que el protagonista ya es de allí, ya se ha hecho uno más de ese puerto miserable y que, en adelante, será la conciencia que resiste, “protegida por el diablo”. Ha sido bautizado con el encuentro de su memoria, de su infancia, de su nana rediviva.</p> <p style="text-align: center;"><b>Luis Germán Sierra J.</b></p>	